

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

M^a Marcela Riesco Rubio, 71 años

Candela Guerrero, 22 años

EL VIAJE CON MARCELA

“Qué hermosa la vida sabiendo llevarla, cada época tiene su historia, una muy triste, otra triste y otra menos triste, pero todo es alegre”

Iban pasando los campos yermos por la ventanilla. Hacía mucho tiempo que no viajaba en el autobús de la Plata, desde que estaba motorizada había olvidado el respigo de los veranos hacia al sur: el amarillo, el olor a jara y romero, todo ese paisaje que me erizaba y me recordaba de dónde vengo.

Volví a pensar en Marcela, sí que me había inspirado conocerla, ahora ya no sólo recordaba de dónde venía, sino también las raíces de las que estamos hechos. Su vida de campesina en pueblos de Castilla, me hizo sentirme desconectada de esa esencia: la tierra, mi tierra, donde nace la vida y termina, de donde surgen todas las demás realidades que me pasaba analizando diariamente en la universidad o el trabajo, sólo ahí.

Es allí, donde Marcela trabajaba, soñaba, vivía, donde se gestaban otro tipo de relaciones y aprendizajes, más cercanos, más humanos, más complejos en ocasiones. Sin tantas posibilidades materiales, pero con más posibilidades humanas. Rescatar toda esa esencia, no era, para mí, cuestión de aislarse o idealizar, sino de pararse a observar y aprender la sabiduría de lo empírico, de las manos que labran y el cántaro en la fuente.

Así fue que, sin pensármelo mucho después de aquella tarde con Marcela en el centro cultural de Oviedo, hice la maleta y bajé al Sur unos días en reconexión conmigo misma.

Recuerdo el primer día que nos encontramos, los nervios en aumento, gran incertidumbre y una corazonada muy fuerte de que lo que iba a hacer sería importante, hacia delante... Así fue.

Extendió la mano y me acerco dos papeles: ‘Mi vida en un folio’, su hija se lo había transcrito a ordenador con mucho cariño para que yo entendiera.

Tengo por mala costumbre leer el final de las historias, así que moví los ojos hasta el último párrafo: “Qué hermosa la vida sabiendo llevarla, cada época tiene su historia, una muy triste, otra triste y otra menos triste, pero todo es alegre”.

En ese momento, una sensación muy bella me recorrió por dentro, algo que duró todo el tiempo que estuve allí sentada, y todas las demás veces que tuve oportunidad de sentarme a su lado: Hermoso comienzo para un final, pensé. Ella comenzó su relato, con calma, iba leyendo, risueña comentaba y aclaraba, explicaba y recordaba la historia de su vida en un folio.

Marcela nació en un pueblito pasando el peaje de la Magdalena de León. De padres campesinos y en los tiempos que corrían, no le tocó otra que aprender ‘las señales’ del campo y trabajar desde los nueve años para aportar lo que se podía a la casa: araba, “pañaba” castañas, sembraba, sacaba patatas, llevaba a las ovejas al pasto... así pasó su niñez y su juventud, de pueblo en pueblo, sirviendo a unos y a otros, hasta llegar a Asturias, para poder salir adelante en tiempos de hambre y de guerra, de miseria y desesperanza.

Cuando Marcela dice que la guerra significa destrucción parece que se para el tiempo. Sus ojos, en contacto con los míos, creo que se hielan. Es el miedo que relata, algo incomprensible para los que tenemos la suerte de no sentirlo; ella intenta transmitir, lo materializa en recuerdos, como las campanas incesantes de la iglesia cuando los nacionales llegaron a Madrid, y cómo su madre daba vueltas por la casa inquieta, como quien huye y no encuentra recodo donde esconderse.. Son las historias de su abuela que, sin tener ideología, dice, daba de comer a escondidas a un cura “fugao” por las noches; o las historias de la gente que desaparecía



por Villablino, a quienes tiraron por las cunetas, los que nunca mas volvieron... Era la época del miedo al cura, al maestro, a la policía...todo ese espectro de tremendo autoritarismo que duró después de la guerra; toda la dictadura que costó tanto, y cuesta, tirar abajo.

Pero, así como la necesidad le hizo perder una vida de oportunidades e inquietudes, el miedo no la hizo dejar de soñar, de enamorarse cada día de la vida y de los que la rodeaban; así se pasaba el día Marcela, con novios en cada pueblo, levantando suspiros y pensamientos traviosos a quienes se ponía por delante. Tanto fue así, que en la época que ya salía con el panadero, otro novio que ella ya había decidido no querer porque le aburría, fue a verla en bicicleta 80 kilómetros hasta su casa, sólo para pasear juntos... y qué nervios pasó con los dos novios en el mismo pueblo, ¡menos mal que no se enteraron!, de buena se libró, cuenta entre sonrisas. Bailaban, paseaban, se sentaban en la escalera... no eran tiempos de otra cosa, pues a las nueve de la noche tocaban las cucharas en los platos dentro de la casa y tenían que recoger.

Atrevida e inquieta cuenta cómo por amor mató unas pobres lechugas de tanto regarlas y es que, entre suspiro y suspiro en la huerta, único lugar donde podía encontrarse entre guiños con su otro novio de entonces, regaba y regaba posando como si hiciese algo más que dejarse llevar por el sentimiento... hasta que se quedaron ahogadas, bien quemadas las dejó de amores.

Mas no fue el panadero, ni el de la huerta, ni el ciclista quien cautivo su corazón; poco después apareció, mientras llevaba un toro al pasto, un joven con aire del norte, moreno y con pose que terminó siendo compañero de vida y camino, de alegrías y sonrisas, de guiños y luchas hasta que la vida los separó pocos años atrás. Y ella lo recuerda cada instante con ternura y complicidad, ésa que sólo se tiene después de años y años de construir grano a grano la montaña de la vida.

Alegre, es así como resume sus recuerdos. Con cierta nostalgia cuenta su amor por viajar y descubrir, lo que le hubiera gustado poder haber estudiado, todo aquello a lo que no tuvo oportunidad por culpa de los malos tiempos; y es que “el dinero tenía, como decía mi padre, que pudrirse al otoño como las patatas” para que no existiesen tantos problemas, pues el trabajo en el campo era duro, pero era lo que tocaba por ese entonces si querían sobrevivir.

De seguro hubiera sido la anhelada reportera de guerra en misiones especiales, una incansable aventurera que diese en menos de 80 días la vuelta al mundo, una artista de teatro inigualable o, quizás, una investigadora de tecnología punta que inventase grandes cosas para la humanidad. Lo hubiera hecho, pero le tocaron otros aprendizajes, más duros en ocasiones, pero de los que supo hacer aventura, paz en las guerras cotidianas y arte al inventar grandes cosas para la humanidad que la rodeaba.

Historia tras historia, fui descubriendo a Marcela y ahora en los días grises en los que uno se cansa y se siente viejo por dentro, pienso en ella: la abuela de ojos esperanza. No por verdes, ni esperanza de esperar de la vida algo para caminar. Esperanza al proyectar vida y batalla en todos los rincones con su mirada, de no quedarse inmóvil en el camino, de querer vivir cada instante y aprender cada pequeña cosa con ilusión.

La última vez que nos vimos yo llegaba de Buenos Aires, venía con guerra de trabajar con las Madres de la Plaza de Mayo, saqué mi libreta de los pañuelos blancos y en seguida hizo un gesto de sorpresa: “Las Madres de la Plaza de Mayo”, afirmó sorprendida, a continuación ya estaba preguntando si creía que era muy largo el viaje hasta allí o muy duro, por aquello de la edad, señalaba. Ni duro, ni largo, le dije: “No hay nada que se le ponga a usted por delante, si quiere la próxima vez me acompaña”. Y nos quedamos unos segundos en silencio, seguro imaginándonos por la Plaza de Mayo descubriendo y aprendiendo, conociendo, viviendo. De seguro, también que algún día...

Al marchar le dejé mi libreta de pañuelos blancos, pero tenía algo para mí, justo una libreta que me acompañaría en todos los demás viajes, la había encuadernado ella en su taller del centro de Oviedo y con cariño me la dedicó: “Aunque a penas te conozca, no sabes lo que me presta estar contigo, con mucho cariño. Marcela”



Y así, con ese intercambio simbólico nos despedimos, era verano y ella regresaba al pueblo, a mí me tocaba cruzar el charco de nuevo. Quedamos para septiembre, mientras tanto teníamos nuestras libretas para hacer algo que había aprendido en este ‘viaje’: que la historia no sólo es nuestra, sino que somos nosotros quienes la escribimos. Las grandes historias de la humanidad están formadas por grandes personas como Marcela que no aparecen en los libros de texto, pero que construyen mundo y vida para su alrededor, y su memoria pertenece a la dignidad colectiva, al respeto al mundo, al aprendizaje de nuestra esencia y a nuestro futuro.